

Animales ponzoñosos

Farsa en una escena

◆
HÉCTOR MENDOZA

GENTE: EDGARDO y JESÚS, dos jóvenes alrededor de los treinta años.

LUGAR: El recibidor de un apartamento.

TIEMPO: 1993.

El timbre de la puerta está sonando. Aparece EDGARDO, en bata, secándose con una toalla la espuma que le quedó en la cara después de rasurarse. Se acerca a la puerta y dice en voz alta:

EDGARDO. ¿Quién?

VOZ DE JESÚS. *(Se escucha desde el otro lado de la puerta.)* ¿No me abres, por favor?

EDGARDO. ¿Qué? ¿Quién eres?

VOZ DE JESÚS. *(Igual.)* Jesús.

EDGARDO. *(Después de pensarlo un segundo.)* Jesús, ¿qué?

VOZ DE JESÚS. *(Igual.)* El de arriba.

EDGARDO. *(Mira inconscientemente hacia arriba y dice con algún temor.)* ¿Qué tan arriba?

VOZ DE JESÚS. *(Sin comprender.)* ¿Qué?

EDGARDO. ¿De dónde exactamente bajas?

VOZ DE JESÚS. Oye, ¿por qué no me abres?; ¿cuál es el problema? Es muy incómodo eso de estarse gritando a través de la puerta toda la mañana.

EDGARDO. Primero identificate como es debido.

VOZ DE JESÚS. ¡Ya te dije!; soy tu vecino. Vivo en el departamento de arriba. ¡Abre!

EDGARDO. ¡Aaah, ¡conque tú eres el impertinente que tuvo fiesta toda la noche y no me dejó dormir para nada?!

VOZ DE JESÚS. *(Angustiada.)* ¡Tenemos un problema muy grave! ¡Abre, por favor!

EDGARDO. *(Furioso, abre la puerta.)* El único que tiene aquí un problema muy grave, eres tú.

VOZ DE JESÚS. ¿Me dejas pasar?

EDGARDO. Claro que no.

VOZ DE JESÚS. *(Suplicante.)* ¡Por favor! Ya no te dejé dormir; ¡ni modo! Lo pasado, pasado; ¡¿qué quieres que haga?!

EDGARDO. Qué me pidas perdón.

VOZ DE JESÚS. Con mucho gusto: Perdóname.

EDGARDO. *(Con sonrisa lateral.)* De rodillas. *(Ve, con sorpresa, cómo el otro se pone de rodillas.)*

VOZ DE JESÚS. Perdón. ¿Ya?

EDGARDO. *(Para no desaprovechar la oportunidad.)* No; ahora bésame los...

JESÚS. *(Entra, sin dar tiempo a nada más, con un saco de arpillera en la mano e intentando dirigirse a la terraza.)* Gracias. Con permiso.

EDGARDO. *(Asiéndolo de una manga, al paso.)* ¡Oye, oye, ¿a dónde crees que vas?!

JESÚS. *(Angustiado.)* A la terraza.

EDGARDO. *(Sin poder creer lo que oye.)* ¡¿Cómo que a la terraza? ¡¿Qué piensas que vas a hacer en mi terraza? ¡Yo a ti ni siquiera te conozco!

JESÚS. *(Igual, le extiende la mano.)* Soy Jesús Escalante; mucho gusto. *(EDGARDO, atónito, le extiende mecánicamente la mano que JESÚS le estrecha ahora.)* ¿Ya puedo? *(Intenta irse.)*

EDGARDO. *(Sin soltarle la mano.)* No puedes.

JESÚS. *(Angustiado.)* ¡Pero si ya sabes quién soy!

EDGARDO. *(Exasperado.)* ¡Bueno, oye, ¿y a ti qué te pasa, eh? ¡¿Crees que se puede uno andar metiendo a las terrazas de los otros así nada más porque sí?!

JESÚS. A mí no me pasa nada; pero tú estás a punto de morir envenenado.

EDGARDO. ¡¿Qué?!

JESÚS. Hay una *Python Araucaniensis* en tu terraza.

EDGARDO. ¿Quién?

JESÚS. Una *Python Araucaniensis*.

EDGARDO. (*Después de pensarlo un momento.*) No; no tengo idea. ¿No te habrás equivocado de departamento? La señora que vive aquí al lado es extranjera, sin embargo. Podrías...

JESÚS. (*Impaciente.*) ¡Es una víbora!

EDGARDO. (*Muy asombrado.*) No sé; no la conozco más que de vista

JESÚS. ¡La que es una víbora es la que tienes en la terraza, estúpido! (*Se da cuenta de lo que ha dicho.*) Perdón. Es que se trata de una *Python Araucaniensis*, cuyo veneno es tan mortal como instantáneo. (*Mira a su alrededor.*) Espero que siga en la terraza y que no se te haya metido al departamento.

EDGARDO. (*Risa nerviosa.*) ¡No seas absurdo!; ¿qué tendría que hacer una víbora en mi casa?

JESÚS. En circunstancias normales, supongo que nada; no tienes cara de tener un serpentario dentro de tu departamento.

EDGARDO. Ni fuera tampoco. ¿Qué clase de bicho crees que soy?

JESÚS. Pues resulta que yo sí.

EDGARDO. (*Desconcertado.*) Tú sí ¿qué?

JESÚS. Yo sí soy la clase de bicho que tiene un serpentario dentro de su departamento.

EDGARDO. (*Ríe, incrédulo.*) ¿Aquí? ¿En este edificio? ¿Que está ubicado en una zona de la ciudad perfectamente urbanizada, donde viven ciudadanos más bien... este... pudientes y, casi podríamos decir, respetables? (*Niega despectivamente con la cabeza.*) No.

JESÚS. Hace un momento se me escapó. Y es que un borracho de la fiesta, rezagado, la dejó escapar de su recipiente. La vio reptar hacia acá. ¿No me quieres, por favor, soltar la mano? Dudo que pueda manejar la serpiente con una sola, en el caso de que se presente por aquí.

EDGARDO. ¡Ah, sí! (*Le suelta la mano, como si se tratara de la víbora misma.*) ¡¿Qué hacemos?! ¿Doy parte a la Delegación, o qué?

JESÚS. (*Ligeramente despectivo.*) ¿Me permites simplemente pasar a tu terraza? (*Y ya está yendo hacia las cortinas que cubren la puerta de cristales de la terraza.*) Gracias.

EDGARDO. (*Aterrado.*) ¡¿Y si ya se metió hasta acá?! ¡Yo ando descalzo! ¡No me dejes aquí solo con ella, no seas irresponsable!

JESÚS. (*Antes de desaparecer detrás de las cortinas.*) Nada más no te muevas si se te acerca y llámame.

EDGARDO. (*Aterrado e indignado, sin atreverse a hacer el menor movimiento y vigilando en derredor suyo.*) ¡Qué estupidez de borracho, ¿eh?! ¡Qué falta de... todo! (*Pequeña pausa.*) ¿Ya la encontraste?

VOZ DE JESÚS. (*Desde la terraza.*) No la veo... ¿Y tú?

EDGARDO. (*Casi gime.*) No. (*Pequeña pausa en que mira para todas partes sin desplazarse.*) ¡Oye!...

VOZ DE JESÚS. ¿Qué?

EDGARDO. (*Voz lastimera.*) Si, infaustamente, llego a perder la vida el día de hoy... en el curso de esta aventura... selvática, ¿quieres, por favor, darle la noticia de mi sensible fallecimiento a mi ex esposa? ¿Tienes dónde apuntar el número?

VOZ DE JESÚS. (*Que denota irritación.*) Espérate.

EDGARDO. Bueno, luego te lo doy. ¡Ah!; y dile que no se le vaya a ocurrir hablarle a mi mamá, porque ya sabe lo preocupona que es; ¡es capaz de pensar que me morí...! (*Se enternece.*) Dile que en mis últimos momentos la tuve presente y le perdoné todo lo que me hizo... ¡excepto el haberse llevado las sábanas individuales nuevas que me compré para mudarme a este lugar!

JESÚS. (*Aparece por la puerta de la cocina.*) Ya. Reptaba tan tranquila por la cocina.

EDGARDO. (*Aterrado.*) ¡¿Estaba en la cocina?! ¡Si será estúpida! ¡Pude habérmela comido sin darme cuenta! (*Al ver que Jesús no lleva nada en las manos.*) ¿Dónde está?

JESÚS. En la cocina. Le gustan los lugares calientes.

EDGARDO. (*Histérico.*) ¡Sácala de ahí!

JESÚS. No te preocupes; está dentro del saco que traje, muy bien amarrada; imposible que escape. Ahora pongámonos cómodos y conversemos tranquilamente. (*Se sienta.*)

EDGARDO. (*Después de un par de segundos en que piensa rápidamente la actitud a adoptar.*) ¿Por qué te sientas en mi casa, sin mi permiso?

JESÚS. (*Sin hacer intento por levantarse.*) ¿Me permites que me siente?

EDGARDO. (*Estricto.*) No; no te permito que te sientes. Yo me tengo que ir a trabajar, ¿sabes? Yo soy un hombre que trabaja.

JESÚS. ¡Pero estás convaleciente! Uno no se presenta a trabajar cuando está convaleciente. ¡Haz valer tus derechos!

EDGARDO. (*Anonadado.*) Pero no estoy convaleciente.

JESÚS. (*Escandalizado.*) ¡Estuviste a punto de morir!

EDGARDO. Gracias a ti; pero por fortuna sigo vivo.

JESÚS. Gracias a mí. (*Sonrisa.*) Me estás doblemente agradecido.

EDGARDO. Ni creas que me vas a enredar: el segundo agradecimiento sólo anula al primero. No tengo nada que agradecer.

JESÚS. (*Se levanta.*) En ese caso te voy a preparar un café con mucho azúcar. El azúcar es excelente para los sustos. (*Empieza a dirigirse a la cocina.*)

EDGARDO. ¡¿Con qué derecho me vas a preparar un café en mi cocina... inmaculada?!

JESÚS. (*Se detiene.*) No te preocupes, no es ninguna molestia; yo también me voy a hacer uno. El hecho es que los dos estamos terriblemente asustados y desvelados. Lo necesitamos. Necesitamos un buen café.

EDGARDO. Yo me pienso tomar el mío en mi oficina, muchas gracias. Y tú puedes irte a tomar el tuyo en tu departamento, rodeado de tus asquerosas víboras y llevándote de paso la que falta y que todavía estás guardando en mi cocina, por lo que, para que veas lo considerado que soy, no pienso cobrarte derechos de almacenamiento. De nada. Pero lo que sí pienso hacer, ¿sabes? —y lo siento mucho—, va a ser quejarme enérgicamente a la administración de este edificio, por permitir a los inquilinos tener animales ponzoñosos en los departamentos.

JESÚS. (*Sonríe.*) Nadie, que yo sepa, tiene animales ponzoñosos en este edificio.

EDGARDO. ¿Qué quieres decir? Y tu cosa esa que tienes ahí amarrada en mi cocina, ¿qué es?

JESÚS. Es un magnífico ejemplar de las *Python Araucaniensis*.

EDGARDO. (*Triunfal.*) ¡Ahí tienes!

JESÚS. Una víbora no es un animal ponzoñoso; carece de ponzoña.

EDGARDO. (*Intenta ser irónico.*) ¡Ah, sí? ¡Y entonces cómo pica? ¡A ver, explícame eso!

JESÚS. No pica (EDGARDO *ríe despectivamente.*) Las víboras muerden.

EDGARDO. ¡Tú le vas a enseñar al mundo que las víboras no pican? Todo mundo sabe que las víboras pican. ¿Quién te crees que eres? ¡Einstein?

JESÚS. (*Ríe a pesar suyo.*) ¿Qué tiene que ver Eins...? (*Se calla al darse cuenta de que está metiendo la pata.*)

EDGARDO. (*Furioso.*) ¡¿Te crees que porque puedes atrapar una víbora ponzoñosa y seguir vivo, lo sabes todo?! ¡¿Eh?!

JESÚS. No.

EDGARDO. (*Triunfal.*) ¡Claro que no!

JESÚS. (*Tímido.*) Pero otras cosas sí las sé muy bien.

EDGARDO. Pero no que las víboras tengan o no tengan ponzoña.

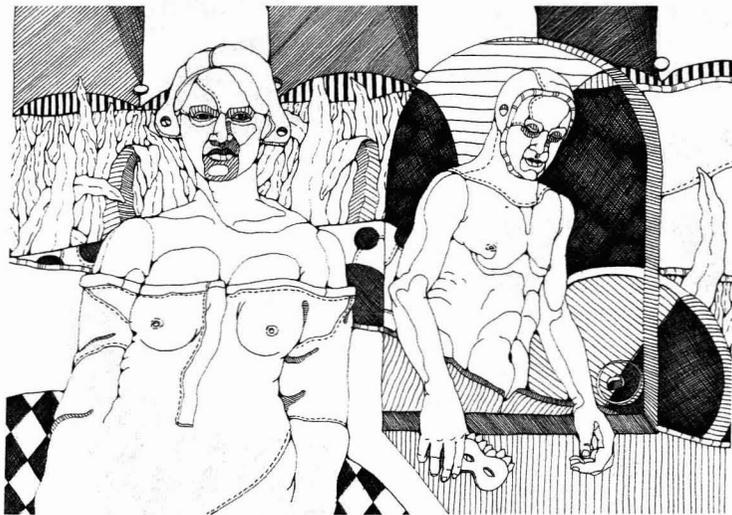
JESÚS. (*Humilde.*) No; eso no, tienes razón. Eso no lo sé.

EDGARDO. (*Apaciguado.*) Menos mal. (*Despectivo.*) ¡Y tienes una colección! (*Se sienta.*) Puedes sentarte. (*Jesús se sienta.*) Sólo un momento. Me tengo que ir a trabajar.

JESÚS. (*Igual.*) Está bien.

EDGARDO. (*Suspica.*) ¿Por qué, de repente, me estás dando la razón en todo?

JESÚS. (*Sonríe, encantador y servil.*) Porque la tienes.



EDGARDO. Aunque sea verdad que la tengo, por lo que te voy conociendo, tú no tendrías por qué dárme la.

JESÚS. (*Igual.*) No; es verdad; te la doy porque la mereces.

EDGARDO. (*No muy convencido.*) Ah... ¿De qué me querías hablar?

JESÚS. De nada. ¿De qué me querías hablar tú?

EDGARDO. De nada. (*Hace intento de levantarse.*) Y en ese caso...

JESÚS. (*Rápido.*) De hecho estábamos hablando de lo que no sé y de lo que sí sé...

EDGARDO. (*No se levanta; pero tampoco se vuelve a arrellanar.*) Ya sé que sabes atrapar víboras ponzoñosas sin que te piquen.

JESÚS. Así es. Y además resulta que soy un contador excelente. (*Sonríe, encantador.*)

EDGARDO. (*Con cierto interés.*) ¿Eres contador?

JESÚS. Excelente.

EDGARDO. Ah; no me digas. (*Pequeña pausa. JESÚS lo mira, expectante. EDGARDO comienza a levantarse*). Bueno...

JESÚS. Tú necesitas un excelente contador... ¿tal vez?

EDGARDO (*Con displicencia.*) En la compañía para la que trabajo, en efecto se está necesitando un contador; pero...

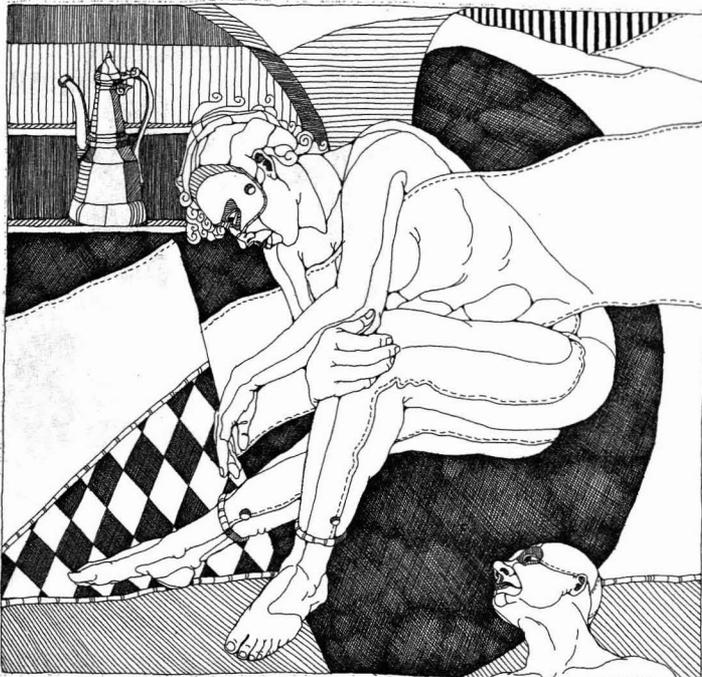
JESÚS. ... pero tiene que ser excelente.

EDGARDO. (*Sin dejarse desviar.*) ... pero tengo un alto así de solicitudes sobre mi escritorio, esperando mi resolución esta mañana. ¿Por qué? ¿Estás sin trabajo?

JESÚS. ¡Fíjate qué afortunada coincidencia!

EDGARDO. (*Se ha levantado sin hacer caso, y ahora se dirige a la puerta.*) Adiós. Siento no poder decir que tuve gusto en conocerte.

JESÚS. (*Se levanta, desolado.*) ¡¿Ni siquiera porque te salvé la vida?! ¡Se ve que no tienes la menor idea de lo muy do-



loroso que resulta morir por mordedura de serpiente, ¿eh?!

EDGARDO. (*En pie junto a la puerta abierta.*) Picadura.

JESÚS. ¿Qué?

EDGARDO. Quedamos en que se decía picadura.

JESÚS. (*Furioso.*) ¡Está bien: picadura! ¡Tú no sabes lo horrible que es morir por la picadura de una *Python Araucaniensis*!

EDGARDO. (*Impertérrito.*) Por fortuna. Pero tampoco me habría visto en tal posibilidad de no ser por tu estúpido borracho. ¡Y tu estúpido borracho no habría tenido estúpido bicho ponzoñoso que soltar de una estúpida caja, si tú no coleccionaras tales asquerosidades en un edificio

que se suponía que era exclusivo para gente decente! Adiós; se me está haciendo tarde.

JESÚS. (*Furioso.*) ¿Estás seguro que quieres que me vaya?

EDGARDO. Perfectamente.

JESÚS. Está bien. ¡Adiós! (*Sale, dando grandes zancadas.*) ¡Qué incompreensión! ¡Qué bajeza! ¡Qué ruindad! ¡Más me merezco!

EDGARDO. ¡En eso estamos perfectamente de acuerdo!

Una vez que JESÚS ha salido, EDGARDO cierra, furioso, de un portazo. Va a retirarse de la puerta, cuando se da cuenta. Vuelve a abrir rápidamente y grita:

EDGARDO. ¡Oye!

VOZ DE JESÚS. (*Junto a la puerta.*) ¿Ya pensaste que mejor sí necesitas un contador excelente?

EDGARDO. ¡Estas olvidando algo en mi cocina, estúpido!

VOZ DE JESÚS. (*Con frustración.*) Ah; eso. (*Vengativo.*) Ahí te la dejo. Es toda tuya.

EDGARDO. (*Entre furioso y aterrado.*) No la quiero, gracias. ¡Dije que no la quiero! ¡Oye...! (*Sale al pasillo y deja vacía la escena.*)

VOZ DE JESÚS. (*Alejándose.*) Es una víbora rarísima. Infaliblemente mortal. Cuídala.

VOZ DE EDGARDO. (*Fuera y en el colmo de la angustia.*) ¡Oye, no te puedes ir así! ¡Oye!

Oímos un bufido de rabia por parte de EDGARDO y a poco lo vemos aparecer nuevamente, desencajado. Va a cerrar la puerta; pero, pensándolo bien, prefiere dejarla abierta. Mira hacia la puerta de la cocina, indeciso. Luego, resuelto, se dirige al teléfono. Marca un número corto. Espera.

EDGARDO. ¿Quién habla?... Oye niña, ¿está tu papá?... ¡¿Cómo que no está?!; ¡¿a dónde fue?! ¡Su obligación es estar en la portería!; ¡para algo es portero!... No; tú no me sirves de nada. ¿Está tu mamá?... Ve y llámala. (*Pequeña pausa.*) ¿Es la portera? Oiga, hay una víbora ponzoñosa en mi cocina, haga el favor de venir por ella... ¿De qué se ríe, cretina?... Hay una víbora en mi cocina, del tipo *Pitonisa Adrenalínica*, sumamente venenosa... ¡¿Qué?! ¡Esto es inaudito! ¡En ausencia de su marido, usted...!

Para sorpresa de EDGARDO, del otro lado de la línea han colgado el auricular. Furioso, cuelga el suyo de golpe. Por un par de segundos queda atónito, hasta que:

- JESÚS. (*Entra un poco por la puerta.*) Pensándolo bien...
- EDGARDO. ¡Ah, eres tú! ¡Llévate tu porquería esa de mi cocina inmediatamente!
- JESÚS. Sí, sí, de acuerdo; a eso venía. Este..., nada más que, lo siento, me voy a permitir poner algunas condiciones.
- EDGARDO. (*Furioso.*) ¡Sin condiciones! ¡Llévatela!
- JESÚS. Si insistes en ponerte así, creo que yo, a mi vez, tendré que persistir en la idea del generoso obsequio que te acabo de hacer. Disfrútalo. (*Se va.*)
- EDGARDO. ¡Está bien, está bien! ¡Extorsionador! (*Jesús regresa, sonriente.*) Expón tus condiciones lo más rápidamente que te sea posible, porque a mí ya se me hizo tarde para llegar a la oficina; aunque... creo que realmente estoy a punto de reportarme enfermo... porque empiezo a estarlo.
- JESÚS. Te conviene reportarte enfermo de todas maneras; en este país es ridículo ser *demasiado* responsable. (*Va hacia los sillones.*) Bueno, vamos a ver... (*Se sienta.*) Primera.
- EDGARDO. (*Furioso.*) ¡Van a ser muchas? Ten en cuenta que me estoy portando amable, porque podría, con perfecto derecho, levantarte un acta por intento de asesinato.
- JESÚS. (*Se levanta.*) Me voy.
- EDGARDO. (*Rápido.*) Dije que *podría*, no que lo haré.
- JESÚS. (*Sin detenerse.*) Hasta luego.
- EDGARDO. (*Angustiado.*) ¡Y ahora qué hice?!
- JESÚS. (*En la puerta.*) ¿Crees que se pueda hablar seriamente de negocios, con una actitud tan evidentemente negativa como la que estás mostrando?
- EDGARDO. (*Se fuerza a una actitud amable.*) Haz el favor, querido amigo, de tomar asiento y exponer tus amables condiciones a fin de (*Pierde el tono.*) ¡llevarte ese maldito animal ponzoñoso de mi cocina! (*Vuelta a la amabilidad forzada.*) Ten a bien extorsionarme, ... querido amigo.
- JESÚS. (*Sin moverse de la puerta.*) ¿Estoy detectando un obstaculizante dejo de ironía en tu voz?
- EDGARDO. (*Sonríe ahora con amabilidad profesional.*) ¿Dejo? ¡Ninguno!; aprensiones tuyas, seguramente. Ten la bondad de pasar y cerrar la puerta. Gracias, ¡qué amable!
- JESÚS. (*Después de pensarlo un par de segundos, cierra la puerta.*) Está bien. (*Del bolsillo interior de su chaqueta extrae un documento y se aproxima.*) ¿Quieres leer esto y, en caso de estar de acuerdo, firmarlo?
- EDGARDO. (*da un rápido vistazo a los papeles. Es evidente que su lectura lo va poniendo fuera de sí.*)
- EDGARDO. (*Le extiende los papeles.*) ¡Un burdo intento de pasarte de la raya! ¡Bravo! Inaceptable.
- JESÚS. (*Apesadumbrado.*) ¿Realmente lo crees así? Mira, ¡por qué no tratamos de mirar las cosas desde otro punto de vista?
- EDGARDO. (*Furioso.*) Llévate a tu animal; yo no llego a acuerdo alguno con el hampa.
- JESÚS. ¿Ves cómo sí sigues manteniendo una actitud inexplicablemente negativa ante esta negociación? Así no se puede.
- EDGARDO. En este momento mantengo una actitud *explicablemente* negativa. Llévate a tu animal.
- JESÚS. (*Asombrado.*) ¿No quieres ni siquiera pensarlo? Yo estaría dispuesto a esperar aquí unos... digamos quince segundos.
- EDGARDO. No.
- JESÚS. ¿De veras no?
- EDGARDO. De veras no.
- JESÚS. Piénsalo de todas maneras. (*Va hacia la puerta.*) Te dejo el día entero para que lo hagas.
- EDGARDO. (*Histérico.*) ¡¿Cómo quieres que piense nada, con un mortífero animal ponzoñoso acechándome en la cocina?!
- JESÚS. (*Se vuelve a él.*) ¿Verdad? Era lo que yo suponía.
- EDGARDO. (*Pálido de rabia.*) ¿Qué quieres?
- JESÚS. ¿Vas a dejar que te exponga mi muy ventajoso otro punto de vista?
- EDGARDO. ¿Tengo alternativa?
- JESÚS. (*Compungido.*) No; parece que no, ¿verdad? Lo siento.
- EDGARDO. Sé breve.
- JESÚS. (*Regresa.*) Habrá que tener en cuenta, antes que nada, que todos podríamos salir ganando en esta transacción. Tu compañía, tú mismo y yo, por supuesto. (*Largo suspiro de resignación por parte de EDGARDO.*) Tu compañía gana al contar con un elemento competente entre su personal, que suplirá, con ventaja, una carencia que comienza a ser apremiante.
- EDGARDO. (*Suspicaz.*) ¿Y tú qué sabes de carencias apremiantes en la compañía? ¡Eh?!
- JESÚS. Digamos que simplemente lo sé.
- EDGARDO. ¿Quién de mis secretarías está siendo tu fuente de información, eh? ¿Betti, Lety, Tati? ¿Quién?
- JESÚS. (*Esboza una sonrisa divertida.*) ¿Para correrla? ¿Cómo crees que te lo voy a decir?
- EDGARDO. (*Frustrado.*) Bueno; fue un intento.
- JESÚS. (*Severo.*) ¿Quieres dejar ya de estar preguntando necedades? ¡Así no avanzamos!

EDGARDO. (*Sumiso.*) Perdón.

JESÚS. (*Continúa, tolerante.*) Tú también vas a salir beneficiado porque, de lo contrario y estando las cosas como están, te van a correr, Edgardo. O consigues esta vez a un contador eficiente o despídete de tu puesto de jefe de Personal. ¡Llevas tres fracasos al hilo, amigo mío! ¿Te das cuenta?

EDGARDO. (*Vencido.*) ¿Y quién me garantiza que tú no vas a ser mi cuarto y final fracaso?

JESÚS. (*Se alza de hombros.*) ¿Y quién, de entre todas las solicitudes apiladas sobre tu escritorio, te lo va a garantizar? Nadie, absolutamente nadie. Tienes que confiar en mí. Tu reciente divorcio, déjame decirte, te ha vuelto aprehensivo, temeroso. Y no digo que no sea natural; pero ¡ya! ¡Es hora que levantes cabeza y vuelvas a confiar en el mundo! Porque no todo en él, Edgardo, créemelo, es suciedad...; aunque casi todo.

EDGARDO. Porque tú, desde luego, no eres sucio.

JESÚS. Acertaste.

EDGARDO. ¿Tú, que me tienes amenazado con un animal ponzoñoso pertrechado en esa siniestra cocina?

JESÚS. Sé razonable. ¿Me habrías escuchado de no ser así?

EDGARDO. Naturalmente.

JESÚS. Naturalmente que no. ¡He tratado por todos los medios de hablar contigo en tu oficina y te has negado sistemáticamente a recibirme!

EDGARDO. ¡¿Eras tú, entonces, el latoso?! ¡Debí suponerlo!

JESÚS. Ya lo ves, pues.

EDGARDO. (*Revisa los papeles.*) ¡Pero que además me pidas que te firme una carta compromiso, en la que ventajosamente te asignas un sueldo estratosférico... ¿eso, eso, según tú, te hace digno de confianza?!

JESÚS. Puesto que soy tan buen contador, te estoy dando la oportunidad de ser justo, subiendo la asignación estipulada a la medida de mis capacidades. Con los sueldos que estás ofreciendo, Edgardo, no se puede obtener más que personal de quinta. La compañía es una compañía poderosa que no sólo se puede permitir un contador de primera línea, sino que no se puede permitir no tenerlo.

EDGARDO. Es natural que digas de ti mismo que eres un contador de primera línea; pero ¿lo eres? Porque aquí no sólo se trata de arriesgarse a otro fracaso, sino a uno que, además, le va a salir espantosamente caro a la compañía... y a mí. Al contratarte en tales condiciones, no sólo estaría, date cuenta, jugándome el puesto, ¡estaría jugándome la vida!

JESÚS. Ya lo dije: el que no arriesga, no gana. Sin embargo —fíjate qué persona tan decente soy—, si tienes a bien leer la última cláusula del convenio, te enterarás que dice: “Si pasado un mes, la Compañía no se encontrare plenamente satisfecha con el trabajo del susodicho, queda, mediante la presente cláusula, legalmente acordado que la Compañía podrá despedirlo sin abonarle cantidad alguna, ni por lo trabajado, ni a manera de compensación.”

EDGARDO. (*Asombrado, busca la cláusula.*) ¡¿Eso pones?!

JESÚS. (*Digno.*) Eso pongo.

EDGARDO. (*Levanta los ojos del papel y mira con curiosidad a JESÚS.*) Debes estar muy seguro de tus aptitudes.

JESÚS. (*Sonríe.*) Lo estoy.

EDGARDO. ¿Tienes una pluma?

JESÚS *le da una pluma* y EDGARDO *firma, contentísimo. Le extiende luego pluma y papeles.*

EDGARDO. No me importa que no hayas dormido; preséntate a trabajar en hora y media.

JESÚS. (*Sonriente, se guarda pluma y papeles.*) Yo dormí perfectamente bien anoche, no te preocupes.

EDGARDO. ¡Pero si estuviste...!

JESÚS. Tu vecino estuvo; yo no. No puedo darme el lujo de vivir en un edificio como éste... todavía.

EDGARDO. (*Desconcertado.*) ¿Entonces...?

JESÚS. Entonces, tampoco hay víbora. (*Sonríe.*)

EDGARDO. ¡Dame acá esos papeles!

JESÚS. (*Comienza a retirarse.*) ¡Pero si acabas de firmar la carta compromiso más ventajosa de toda tu vida! ¡Ya lo verás! (*Abre la puerta.*)

EDGARDO. ¡Llévate tu...!

JESÚS. No hay nada. Ese saco está vacío; puedes tirarlo a la basura con toda tranquilidad. Y, Edgardo..., las víboras de veras, *de veras*, no tienen, ni han tenido, ni tendrán jamás ponzoña. Hasta dentro de un rato en la oficina. (*Sale y cierra la puerta.*)

EDGARDO. (*Traga saliva y luego murmura para sí.*) Creo que me acabo de echar un alacrán ponzoñoso al seno. (*Lo piensa.*) ¡O que los alacranes también morderán!

Luego mira con algún temor hacia la cocina. Tratando de vencer el miedo, da unos pasos en esa dirección.

EDGARDO. (*Con un hilo de voz.*) ¡Auxilio!

TELÓN ◆